

Pensar lo múltiple

Las sociedades latinoamericanas no pueden pensarse sin ese diálogo con las culturas europeas: porque fueron conquistadas por países del Viejo continente, porque parte de sus poblaciones tienen origen europeo, porque resultan del mestizaje y la hibridación –y decir esto no es suprimir el carácter conflictivo de esos procesos-. La recuperación y la valoración de las poblaciones indígenas a veces invierten el antiguo etnocentrismo colonial planteando que aquellas tendrían una mayor autenticidad a la hora de representar lo latinoamericano. Esta idea no es menos errónea que los intentos de constituir naciones excluyendo a las poblaciones originarias. Porque si América latina es un nombre parcial –no todos los grupos humanos que habitan la región provienen del tronco latino- la denominación Abya Yala¹ también lo es porque nombra a un momento previo a las numerosas corrientes migratorias libres y esclavas que recibió América. El análisis crítico es necesario en uno y otro caso, para evitar sustituir una idea unidimensional por otra que también lo es. Cualquiera de esos nombres puede usarse a condición de evitar el olvido sobre su carácter convencional y que su abstracción no aplane la condición real de estas sociedades: la multiétnicidad, el plurilingüismo, la multiculturalidad. El antropólogo cubano Fernando Ortiz (2002), en su *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, desarrolló la noción de transculturación para analizar las transformaciones y resignificaciones de las palabras, creencias, usos y costumbres originarios de un grupo social cuando éste se encuentra con otros, cuando migra el grupo, los individuos o los objetos que eran usados de modos establecidos. La situación originada por las conquistas europeas del territorio latinoamericano y caribeño fue de transculturación. Porque el concepto nombra fenómenos que son a la vez de destrucción de rasgos culturales y de adopción de otros, de resignificación y de sincretismo o mestizaje. El escritor peruano José María Arguedas desplegó ese concepto tanto en su obra antropológica como en la narrativa, para poder dar cuenta de sociedades nacionales no unificadas por la lengua, la cultura y la etnia, pero que sí atravesaron y atraviesan procesos de mestizaje e hibridación. Arguedas se pensó como traductor entre el universo cultural de los indios y el criollo: en su literatura construyó una lengua basada en la oral gramática quechua pero con términos españoles. Pensó que la gramática era el vehículo de una cosmovisión y que el uso de palabras del castellano era una necesidad para interpelar al lector criollo. Ezequiel Martínez Estrada (1983), en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, planteó la idea de frontera, como espacio social, económico y cultural, en el que la confrontación entre grupos y legalidades diversas es una de sus dimensiones, pero la otra es la imbricación y adopción mutua de procedimientos. Él analiza la frontera con el indio en el siglo XIX en el territorio actualmente argentino y halla que prácticas como la del malón y la de la apelación a la ley eran compartidas por los grupos en conflicto y en negociación. Tal idea de frontera puede ser una herramienta hermenéutica no sólo para tratar los lindes entre naciones sino para analizar procesos diferentes en América latina, prestando especial atención a las

¹ Abya Yala es el nombre dado al continente americano por la etnia Kuna de Panamá y Colombia antes de la llegada de Cristóbal Colón y los europeos. Aparentemente, el nombre también fue adoptado por otras etnias americanas, como los antiguos mayas. Hoy, diferentes representantes de etnias indígenas insisten en su uso para referirse al continente, en vez del término “América”. Quiere decir “tierra madura”, o según algunos “tierra viva” o “tierra en florecimiento”.

dimensiones de movilidad, hibridación y conflicto. Conceptos de este tipo permiten abordar el estudio de sociedades que continúan signadas por la coexistencia de grupos diversos y en las que perviven prejuicios respecto del valor de unas y otras culturas. Es importante apelar a nociones que no diluyan la multiplicidad en una tolerancia homogeneizadora ni operen sobre la distinción de culturas legítimas e ilegítimas o grupos con derecho y grupos sin derecho.

La historia social y lo social en la historia. Temporalidades, colectivos, conflictos y diálogos.

“Porque soy historiador, amo la vida”, escribía el historiador francés Marc Bloch, en un texto sabio acerca del oficio de hacer la historia ². Escrito en condiciones muy comprometidas: sin su biblioteca, clandestino, enrolado en la resistencia antifascista durante la Segunda Guerra Mundial, es un libro clásico de la reflexión sobre la Historia Social y leído hoy, un testimonio intelectual y moral de un historiador comprometido con su tiempo.¹⁶ Sus textos respiran temporalidades, conflictos, dominaciones y subalternidades, las formas de ejercicio del poder, las intencionalidades de los sujetos y sus traducciones. Se trataba del poder sanador que la cultura popular en la Edad Media le adjudicaba a los “Reyes Taumaturgos”, de los campesinos feudales o de la derrota del antifascismo europeo frente al avance del totalitarismo. Medio siglo después, Andreas Huyssen reflexiona acerca de la relación con el pasado, la historia y la memoria en las sociedades contemporáneas³: “el giro hacia la memoria y hacia el pasado conlleva una enorme paradoja. Cada vez más, los críticos acusan a la cultura de la memoria contemporánea de amnesia, de anestesia u obnubilación. Le reprochan su falta de capacidad para recordar y lamentan la falta de conciencia histórica. La acusación de amnesia viene envuelta invariablemente de una crítica a los medios, cuando son precisamente esos medios (desde la prensa y la TV hasta los CD-ROM e internet) los que día a día nos dan acceso a cada vez más memoria. ¿Qué sucedería si ambas observaciones fueran ciertas, si el boom de la memoria fuera inevitablemente acompañado por un boom del olvido?” Lo sabemos, el pasado puede reconstruirse y reelaborarse de distintas maneras: desde el arte, desde la literatura, desde el cine. También desde el relato testimonial o periodístico. Nadie tiene el “monopolio legítimo” de la representación del pasado. Ni ahora ni en todas las culturas, ni a lo largo del tiempo. La reproducción de las sociedades se realiza a través de símbolos, que no necesariamente tienen que ver con la escritura ni han tenido que ver ella, desde las pinturas rupestres para acá. La historia, con sus cánones y sus genealogías, tiene la palabra escrita en su episteme desde su fundación. Y no es una mala fundación. La historia ya era uno de los saberes de los griegos y como disciplina se institucionalizó en el siglo XIX, en estrecha relación con esta necesidad de fortalecimiento, cuando no de justificación del estado-nación. La Historia Social, tan tempranamente instalada en nuestro país como práctica profesional, ya tiene más de medio siglo y desde entonces ha sido debatida, discutida (muchos dicen superada), como otros tantos continentes teóricos luego de la denominada “crisis de los grandes relatos”. En las últimas décadas ha dialogado con otras disciplinas y ha puesto en cuestión sus soportes, sus temporalidades, su narrativa, su alcance. Nos proponemos revisar muy brevemente algunas formas de construcción de la historia, los sentidos que animaban la reconstrucción del pasado a través de determinados

² Bloch, M. (1982), Introducción a la Historia, México: FCE [varias ediciones].

³ Huyssen, A. (2002), En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización, México: FCE, p.22.

presupuestos interpretativos, en algunos contextos, y recuperar algunas preguntas que cobran sentido en sus circunstancias de producción y pueden ser hoy objeto de reflexión.